EL PROSCENIO.

REPERTORIO DRAMÁTICO-LÍRICO.

HAZ BIEN SIN MIRAR A QUIEN.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Precio: 4 reales.

ADMINISTRACION:

CALLE DE LA PAZ, NUM. 4, LIBRERÍA.

MADRID.

HAZ BIEN SIN MIRAR Á QUIEN.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

HAZ BIEN SIN MIRAR Á QUIEN.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. JUAN RODRIGUEZ RUBÍ.

ESTRENADA CON ESTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO MARTIN, LA NOCHE DEL 11 DE FEBRERO DE 1871.



EL PROSCENIO.



REPERTORIO DRAMÁTICO-LÍRICO

DE LOS SEÑORES ABIENZO Y COMPAÑÍA.



PAZ, 6, LIBRERÍA.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA........................	DOÑA DOLORES LIRON.
DUQUE DE SAN MILLAN.........	DON FRANCISCO RODRIGUEZ.
MIGUEL............................	» ALBERTO RODRIGUEZ.
PASCUAL..........................	» MANUEL TORMO.
D. RUFO	» ANTONIO CÁCERES.

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

MADRID: 1871.—Imp. de P. Abienzo, Luciente 11.

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ,

MINISTRO DE ULTRAMAR, QUE FUÉ, DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II; CABALLERO GRAN CRUZ DE LAS DISTINGUIDAS Y REALES ÓRDENES DE CÁRLOS III É ISABEL LA CATÓLICA, Y DE LA DEL NIKCHAM IFTIJAR; INDIVÍDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC. ETC. ETC.

Padre mio: Esta comedieja está inspirada en los consejos que desde mi niñez inculcaste en mi ánimo; á tí, pues, debo mi primera produccion dramática, y por eso, tal cual es, te la dedico con toda mi alma. Para juzgarla, olvídate que eres autor de cerca de cien comedias y acuérdate solo de que el que ha escrito la presente es tu hijo que te adora.

Juan.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala: á la derecha del espectador una mesa de despacho cargada de libros; á la izquierda un sofá, dos butacas y algunas sillas; cerca de la mesa un costurero, todo muy modesto. Puerta en el fondo y en la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL *y* MARGARITA. *Aquel paseando, y esta sentada cosiendo junto al costurero.*

MIGUEL (*Con tono de marcadísima satisfaccion.*)

¡Hénos al fin instalados!
yo no sé lo que me pasa:
ya se encuentran en su casa
los jóvenes desposados.
¡Oh terrenal paraiso!
¡yo te saludo!

MARGARITA. ¡Qué bien!
¡si esto es mejor que un eden!

MIGUEL. (*Apoyando.*) ¡Un eden.... en cuarto piso!

MARGARITA. Já! já! já!

MIGUEL. Tengo razon:
nuestro eden aquí encontramos,
y... ¿qué estraño? ¿si llevamos
la gloria en el corazon?
De alegría brinco y salto,
solo hay en la casa un pero...

cuarto... ¡¡cuarto!!

MARGARITA. No... tercero,
con entresuelo... muy alto.

MIGUEL. ¡Cierto!

MARGARITA. Alguno la querria...
buena luz, aspecto grave...

MIGUEL. ¡Y qué escalera! ¡qué suave!

MARGARITA. ¡Y qué hermosa portería!
¡Qué placer! ¡los dos solitos!

MIGUEL. Solos en nombre de Dios.

MARGARITA. Y si salimos...

MIGUEL. Los dos,
no hay que decirlo, ¡juntitos!
Despues de constancia lleno
tanto voy á trabajar
que atrás me voy á dejar
á Hipócrates y Galeno.

MARGARITA. ¡Bravo!

MIGUEL. De la vecindad
seré el médico.

MARGARITA. Corriente.

MIGUEL. Y luego... insensiblemente
del barrio y de la ciudad.
De la fortuna la llama
seguirá dulce soplando,
y yo curando... curando...
seré médico de fama.
A buscarme de cien leguas
vendrán á mitad de noche...

MARGARITA. Y ¿saldrás solo?

MIGUEL. En el coche.

MARGARITA. Franciscano.

MIGUEL. ¡Pobres yeguas!
Verás qué infierno...

MARGARITA. Mejor.

MIGUEL. Yo me crezco mucho al palo.

MARGARITA. No tanto que caigas malo.

MIGUEL. ¿Malo con tu puro amor?
¿malo bajo el cautiverio
de esa tu mirada tierna...?
¡he de cortar cada pierna
que va á cantar el misterio!

MARGARITA. ¡Loquillo!

MIGUEL. Síntomas tales
no llegarán á fallar:
ahora bien, vamos á hablar
como personas formales.

MARGARITA. ¡Vaya! ¡qué grave te pones!

MIGUEL. No es el caso para menos,
pues ya de cuidados llenos (*Con exagerada importancia.*)
¡¡tenemos obligaciones...!!

MARGARITA. Miguel mio, já! já! já!
siento una inmensa alegría:
¿quién há un año nos diria
lo que ahora pasando está?
¿te acuerdas?

MIGUEL. No; no lo olvido
y no es fácil... conque, á ver,
vamos á cuentas, muger.

MARGARITA. Vamos á cuentas, marido. (*Se sientan uno en frente de otro.*)

MIGUEL. Pues en el nombre de Dios
que nos dió este amor sin tasa
doy principio: en nuestra casa
nos encontramos los dos.
nuestra ilusion de oro y rosa
hoy contemplamos cumplida,
pero esta pícara vida
siempre tiene algo de prosa.
Y al volar por esa baja
region, que todos tememos,
bueno es, mi vida, que echemos
una mirada á la caja. (*Saca del bolsillo un billete de mil reales, y dice estendiéndolo con ambas manos.*)
Mil reales: en verdad
no es gran cosa, no lo escondo,
pero en fin, este es el fondo
que tiene la sociedad.
Lo siento por ti, hija mia,
acostumbrada á gastar,
á lucir y figurar
del mundo en la algarabía.
Y que animosa te inmoles
sin que el alma sufra y pene,
es una cosa que tiene...

MARGARITA. Cállate.

MIGUEL. ¡Siete bemoles!
Sin quitar ni poner, esto
tenemos, no habrá contienda,
tú mi ministro de Hacienda,
formarás el presupuesto.
He dicho.

MARGARITA. Cuenta cabal:
¡mil reales!

MIGUEL. Justo, hija mia.
MARGARITA. Verás con qué economía
trato nuestro capital.
MIGUEL. Eso, economias, bien;
¡guerra al lujo!
MARGARITA. Desde ahora
yo seré mi peinadora
y mi modista tambien.
Las comidas...
MIGUEL. Sobriedad
la higiene nos recomienda.
MARGARITA. Soy tu ministro de Hacienda
¿es verdad ó no?
MIGUEL. Verdad.
MARGARITA. Pues yo creo caro esposo
que al mas tenaz apetito
le basta un buen guisadito
y su ensalada...
MIGUEL. ¡Asombroso!
MARGARITA. Tal es del pobre la ley,
ya está el almuerzo, en seguida
viene...
MIGUEL. La fatal comida...
MARGARITA. Pues, sota, caballo y rey.
MIGUEL. ¡Divina! haré que recobres...
porque á mí nadie me insulta:
voy á abrir una consulta
gratis á todos los pobres.
Y ahora mismo; ya veras,
por Madrid la anunciaré;
lo que hay que tener es fe
y Dios hace lo demas.
A la muerte desafío:
veré tambien, de rondon,
si hay alguna oposicion;
y entonces ¡el mundo es mio!
Mucho pulso, mucha vista,
yo no dejo sorprenderme...
sobre todo voy á hacerme...
MARGARITA. ¿Qué Miguel?
MIGUEL. ¡¡Especialista!!
¡Adios! como un rehilete
vuelvo.
MARGARITA. (*Dándole el sombrero.*) No tardes
MIGUEL. Mi gloria
no tardaré... ¡qué memoria!
toma guarda tú el billete
que si me lo roban, ya

nos quedamos sin la cuna
de la mas pingüe fortuna
que ha de haber.

MARGARITA. (*Yendo con él, y desapareciendo por el fondo.*)
Anda já! já!

ESCENA II.

PASCUAL *sale por la derecha con el plumero en un mano y la escoba en la otra; despues* MARGARITA.

¡Qué contentos! ¡qué felices!
¡se me han saltado las lágrimas!
cualquiera al verlos diria
que nadan en la abundancia...
si el señor Duque supiera...
mas yo no vuelvo á la carga:
allí hay mucho oro... en los cofres,
aquí les sobra... en las almas.

MARGARITA. (*Por el fondo.*) Pascual, ¿limpiaste allá dentro?

PASCUAL. Todo está como Dios manda.

MARGARITA. Así me gusta; que brille
y resplandezca mi casa,
y entre los dos la tengamos
como una taza de plata.
Dame esa escoba.

PASCUAL. No quiero.

MARGARITA. ¿Volvemos á las andadas?
¿me la das ó te despido?

PASCUAL. Señorita, ¡por las ánimas!
es que aunque usted me despida
no me voy...

MARGARITA. (*Quitándole la escoba y barriendo con ligereza.*)
No seas machaca:
¡siempre hemos de estar lo mismo!

PASCUAL. Mi señorita adorada
la he visto nacer, no puedo
saber que pasa usted lástimas,
y ayer del primer tiron,
por si acaso le aplacaba,
fuí á casa de su padre.

MARGARITA. (*Dejando la escoba.*) ¿Te permitieron la entrada?

PASCUAL. Porque fuí muy disfrazado,
y merced á esta añagaza
como un pobre me colé
salvando todas las guardias.
El señor Duque, usted sabe,
que recibe sin tardanza

á los que quieren hablarle,
en nombre de la desgracia:
y al fin me hallé en su presencia!
¡ay señorita! ¡qué cara!
jamás la tuvo tan fosca;
ciego y todo me miraba
como si pudiera verme:
—«¿Qué quieres? contesta, habla,»
murmuró con tono rápido,
—«Señor»—dije—¡Dios me valga!
—«¡¿Tú aquí!?»—gritó—«Márchate,
¡silencio! ni una palabra
he de saber de esa infame;
¿lo quiso? ¡allá se las haya!
ni aun el nombre del palurdo
de su marido...» —«Eso pasa
de castaño oscuro» dije,
«—¡¿ni aun saber como se llama
su yerno?!» —«Lo tomo á empeño,
replicó lleno de rábia,
siempre he de ignorar el nombre
del autor de mi desgracia.»
—«Es tan bueno» añado entonces,
—«tan trabajador, tan...» —«Calla,
cállate»—vociferó—
«ó no respeto tus canas,
ni el recuerdo de que fuiste
compañero de mi infancia...
Me abandonaste por ella...
pues márchate con la incauta
que enlazó su ilustre nombre
al nombre de la canalla.»
A sus voces acudieron
todos, y entre la bullanga
me escurrí, señora mia,
con el alma traspasada.

MARGARITA. ¡Qué tenacidad! tampoco
me escuchó cuando á sus plantas
me eché pidiendo perdon.

PASCUAL. Todo en valde, no se aplaca.

MARGARITA. Pues Dios, que nuestras acciones
juzga, ya buenas ó malas,
juzgará tambien la mia
y la ha de encontrar sin mancha.
Él mé dará su perdon
que á su alto trono no alcanzan
las miserias de los hombres
que por títulos se afanan.

Su vista nos mira iguales,
y mide con igual vara
el nombre de la nobleza
(*Con ironía.*) que el *nombre de la canalla.*
Con un pobre me casé,
pero es honrado y me ama;
yo le adoro con delirio...
soy buena... ¡esto me basta!

PASCUAL. Por lo menos está usted
en vísperas de ser santa.

MARGARITA. No tanto: quita aquí el polvo
y arregla un poco esta sala
mientras yo por allá dentro
voy á echar una ojeada. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

PASCUAL.

Pues bien pega andar metido
siempre entre curas y frailes
y premiar la caridad
y subir á los desvanes
á hacer limosnas, ser miembro
de todas las sociedades
de beneficencia... y luego
no consentir que le hablen
de esta hija que Dios le ha dado
y que es buena... ¡como un angel!
Todo porque se ha casado
con el hombre mas tratable
y honradote... pero como
no pertenece *á la clase*
se acabó, cierra los ojos
y que se mueran de hambre.
¡Hipocriton! ¡vaya un alma!
(*Escuchando*) ¿llaman?... ¡ya voy! (*Acabando de arreglar los trastos.*) no hay que darle
vueltas, yo siempre lo he dicho,
la nobleza está en la sangre
y no en vanos pergaminos...
(*Escuchando.*) ¡allá voy!... que prisa traen.

ESCENA IV.

MARGARITA *por la derecha, despues* D. RUFO *y* PASCUAL.

MARGARITA. Han llamado, Pascual, ¡vuela!
PASCUAL. (*Dentro.*) Le digo á usted que no está.
D. RUFO. (*Con voz afligida.*) Pues su esposa...
MARGARITA. ¿Quién será?
PASCUAL. Aqui un pobre que se cuela....
D. RUFO. Y se arroja ante sus piés
afligido y anhelante...
PASCUAL. (*Conteniéndole.*) ¿Quién es usted?
D. RUFO. ¡Un cesante!
MARGARITA. ¿Cesante?
PASCUAL. Y eso, ¿qué es?
D. RUFO. (*Muy deprisa*) Yo se lo podré decir.
Cesante, pobre, infelice,
es lo mismo que el que dice
he cesado de vivir.
¡Oh, no! á broma no lo tomen
si al escucharme se admiran...
los cesantes no respiran,
ni beben, duermen, ni comen.
Ni inspiran lástima, no,
ni se les oye, ni asiste...
pues ese animal tan triste
señores, ese soy yo.
MARGARITA. ¡Pobrecillo!
D. RUFO. ¡Ay, sí! por donde
pasa, igual que un apestado,
huyen todos de su lado
¡nadie á sus quejas responde!
MARGARITA. ¡Oh!
D. RUFO. De las puertas los hierros
le estampan en los hocicos,
le tiran piedras los chicos
¡¡y hasta le ahuyan los perros!!
Viste siempre el mismo traje
en invierno que en verano,
sin que halle nunca una mano
que hasta la suya se baje.
Que hiele, que haga calor,
en vano cuenta su pena
y es claro, su tripa suena
cual la tripa de un tambor.
Todos se burlan de mí,
me maltratan las porteras,

y al subir cien escaleras
las bajo cual las subí.
Llamo, y tras largo esperar
las puertas cerradas veo...
¡¡y es que me conocen creo
en el modo de llamar!!

MARGARITA. ¡Infeliz!

D. RUFO. ¡Ay señorita!
me lo dice su emocion,
muy noble es el corazon
que en ese pecho palpita.
Ya mi alma la venera
sin poderlo remediar...
dígnese usted escuchar,
oigame usted tan siquiera.
Si el rico, que entre el regalo
hace de salud acopio,
se pone malo, es mas propio
que el pobre se ponga malo.
Y ya una vez malo el pobre,
que en vano piedad implora,
es mas difícil, señora,
que al fin la salud recobre.
Y si hay hijos...

MARGARITA. (*Con emocion.*) ¿Y usted...

D. RUFO. Si,
los tengo, su voz me llama
desde la mezquina cama
donde perecen por mí.
(*Con dignidad.*) El pensar en ellos... ¡Oh!
me aflije, me desespera;
¿pues qué? ¿si no los tuviera
pidiera limosna yo?
Sin ellos, en mi retiro
cortára el vital estambre;
que yo sé morirme de hambre
y yo sé pegarme un tiro.
Mis hijos, su tierna edad...
que no pasen hambre y frio
me fuerzan á pesar mio
á implorar la caridad
que se quedan aguardando,
y sin saber que me pasa
salgo llorando de casa
y vuelvo á casa llorando.

MARGARITA. ¡Oh!

D. RUFO. Señorita, ¡por merced!
no desoiga mi gemido

para mis hijos le pido
que se mueren.

MARGARITA. (*Sacando el billete y dándoselo.*) ¡Tenga usted!

D. RUFO. (*Cogiéndolo con ansiedad.*)
¡¿De mil?! ¡¡oh Dios!! ¿quien es, quién?

PASCUAL. ¿Y usted sin nada se queda?

MARGARITA. ¿Habrá quien quitarme pueda
la dicha de hacer un bien?

PASCUAL. (*Mirando á D. Rufo.*)
(*Aparte.*) ¡Y lo toma! ¿habrá animal!
(*Alto.*) Cuidado; no se lo guarde.

D. RUFO. ¿Qué es esto? ¡mi pecho arde!

MARGARITA. Déjaselo, buen Pascual.

D. RUFO. Tras de afanes tan prolijos...
(*Queriendo devolverla el billete.*)
¿Usted se habrá equivocado?

PASCUAL. ¡Si señor!

MARGARITA. ¡No! Se lo he dado
para que cuide á sus hijos.

PASCUAL. ¿Pero usted queda arruinada?

D. RUFO. (*Alargando el billete.*)
¿Cómo es eso? no convengo...

MARGARITA. (*Rechazándolo.*)
Al dar á usted cuanto tengo
no me he quedado sin nada,
Me queda el placer profundo
de que así un dolor mitigo,
y eso vale mas, amigo,
que todo el oro del mundo.

D. RUFO. ¿Su nombre?

MARGARITA. No; ¿para qué?

D. RUFO. Para que siempre lo digan
mis lábios y lo bendigan
mis hijos...

MARGARITA. No lo diré.

PASCUAL. (*Con orgullo.*) Es la hija del...

MARGARITA. (*Tapándole la boca y reprendiéndole.*)
¡No, por Dios!
no tengo mas apellido
que el que lleva mi marido,
soy la señora de Urós.

D. RUFO. ¡Limosna tan impensada!...
¡sí! me evitára el penar...
mas no la puedo aceptar
quedándose usted sin nada.

PASCUAL. Claro: ¡tendria que ver!
suelte el billetito, hermano.

MARGARITA. Lo que una vez da mi mano

no lo vuelve á recoger.

D. RUFO. (*Dándose una palmada en la frente.*)
¡¡Qué idea!! Dios me la envia
¿Uste mi desgracia vió
y generosa me dió
cuanto en su casa tenia?

PASCUAL. ¡Sí señor, eso!

D. RUFO. ¿Qué escucho?

PASCUAL. (*Aparte.*) Ahora lo entrega. (*Alto.*) Total
que nos deja sin un real
conque... (*Alargando la mano.*)

D. RUFO. (*Guardándose el billete.*)
¡Pues me alegro mucho!
¡Idea mas asombrosa!

PASCUAL. ¿Pues no dijo? (*Aparte.*) ¡qué cinismo!
¿á que le rompo el bautismo?

D. RUFO. Pero ahora digo otra cosa.
(*Como hablando consigo mismo.*)
¡Esto es!... ¡exactamente!
¡si lo leí hace poco!
y... ofrecen...

PASCUAL. ¿Se ha vuelto loco?

D. RUFO. ¡¡Voy á ver al Presidente!!

PASCUAL. ¿Qué dice usted?

D. RUFO. ¡Cosa estraña!
y me creerán al momento...

PASCUAL. ¿Dónde hay un palo?

D. RUFO. El acento
de la verdad nunca engaña.
les contaré todo, ¡sí!
(*Encarándose con Margarita.*)
á usted se lo dan ¡de fijo!
¿La señora de Urós dijo?
(*Con estremada alegría y desapareciendo apresuradamente por el fondo,*)
¡¡pronto sabrá usted de mí!!

ESCENA V.

PASCUAL, MARGARITA.

PASCUAL. ¡Oiga usted!... yo te prometo...
(*Yendo detrás de él.*)

MARGARITA. (*Deteniéndole.*) Vamos Pascual, ten mas calma.

PASCUAL. Déjeme romperle el alma.

MARGARITA. Ven Pascual, estate quieto.

PASCUAL. Señorita, es un ladron.

MARGARITA. Marcharse tan de repente...

no es un malvado, detente,
me lo dice el corazon.

PASCUAL. Pues yo renuncio con pena,
porque aun pudiera atraparle...

MARGARITA. Si fuera un bribon... ¡dejarle!
mi intencion ha sido buena.
Pero no: confusamente
dijo... ¿le oiste?

PASCUAL. ¡Pues no!
de que hace poco leyó
que ofrecen un Presidente
y á usted se lo van á dar.

MARGARITA. Hombre, no; no dijo eso.

PASCUAL. No se muerde la sin hueso:
el asunto es marear.
Y aquí nos puso en un potro
con su estudiado sermon:
ó es un loco ó un ladron.

MARGARITA. Ni lo uno ni lo otro.
No sé; tal sinceridad
en sus palabras notaba,
que su acento revelaba
que decia la verdad.
No me pude contener
y si otra vez sucediera
mil veces contenta hiciera
lo que ahora acabo de hacer.

PASCUAL. Y se está así tan tranquila
quedándose sin caudal?

MARGARITA. ¿Pues no lo he de estar, Pascual?

PASCUAL. Es que eso ya no se estila,
y nadie...

MARGARITA. Presente ten
para que calmes tu afan
lo que dice aquel refran:
«Haz bien sin mirar á quien.»

PASCUAL. Pues dió usted cumplido fin
á tal refran, porque ahora
ha hecho usted mas, sí señora,
que hizo el mismo San Martin.
Con caridad verdadera
su capa el santo partió
y á un pobre la mitad dió...
¡¡pero usted la ha dado entera!!
Santo fué por rasgo tal
y esto á cabilar me incita:
¿qué será usted señorita
que dió á un pobre su caudal?

MARGARITA. Todo sí: ya lo estoy viendo
y no puedo consentir
que tengas tú que sufrir
mas penas...

PASCUAL. (*Con visible emocion.*) ¿Que está diciendo?
¿Es decir que sobro aquí?

MARGARITA. ¡Nunca! pero...

PASCUAL. ¡Por merced!
¿que es lo que yo le he hecho á usted
para que me trate así?

MARGARITA. ¿Pero no vés, buen Pascual?...
¿tú mismo no has presenciado?...

PASCUAL. Pues me moriré á su lado
cual muere un perro leal.
(*Sale bruscamente por el fondo.*)

ESCENA VI.

MARGARITA.

Pobrecillo! va llorando;
esto se llama nobleza
y no ser marqués ó conde
y tener el alma seca.
Ya Miguel no tardará:
¿qué le diré cuando venga?
¡el billete en que fundaba
tantas esperanzas bellas!...
La verdad le contaré
y no lo dudo, lo aprueba...
(*Escuchando.*) ¡El es! quisiera salir,
pero si no tengo fuerzas.

ESCENA VII.

MIGUEL, MARGARITA.

MIGUEL. ¡Gracias á Dios que llegué!
¡bendiga el Cielo mi estrella!

MARGARITA. Miguel mio...

MIGUEL. ¿Qué? ¿te sientes
mala?

MARGARITA. Un poquillo inquieta,
no es nada, no.

MIGUEL. A ver el pulso
(*Pulsándola.*) nervioso; ¡bah! nada temas,
con una taza de tila
verás como te serenas.

Anhelabas mi llegada
¿no es verdad?

MARGARITA. ¡Con ánsia estrema!
¡mas que nunca!

MIGUEL. Yo tambien
soñaba con dar la vuelta:
pero no he podido antes...
corriendo de ceca en meca...
¿sabes á quién me he encontrado?

MARGARITA. ¿A quién?

MIGUEL. ¿A que no lo aciertas?
Al duque de San Millan.

MARGARITA. ¡¿A mi padre?!

MIGUEL. En esta acera
parado estaba con uno,
por cierto de malas señas.

MARGARITA. Algun pobre.

MIGUEL. ¡Es su manía!
¡Como estiraba las cejas!

MARGARITA. ¿El pobre?

MIGUEL. ¿Qué? ¡no! tu padre,
y ¡qué gestos!... su ceguera
me valió, porque sino
hemos pasado tan cerca
que no hay remedio, me vé.

MARGARITA. ¡Miguel mio!

MIGUEL. Si supiera
que en esta casa vivimos...

MARGARITA. ¡Calla por Dios! ¡me dá pena
que siendo tan bueno tú
pueda haber quien te aborrezca!

MIGUEL. ¡Como ha de ser! Hija mia
hay que comprar unas vendas.

MARGARITA. Yo las haré.

MIGUEL. Y unas hilas.

MARGARITA. Tambien las haré.

MIGUEL. Y lancetas.

MARGARITA. Yo...

MIGUEL. ¿Tambien las vas á hacer?

MARGARITA. No: pero ojalá pudiera,
pues comprarlas...

MIGUEL. ¿Qué remedio?
ya en breve puede que vengan
pobres, porque mi consulta
está anunciada, y en letras
tan grandes como una casa...
¡va á resolverse el problema!
Me darás el billetito

que aunque en el alma lo sienta
de convertirlo en metálico
llegó la ocasion suprema.

MARGARITA. ¿El billete?... no lo tengo.

MIGUEL. ¿No lo tienes? ¡santa Tecla!
¿pues si te lo dí?

MARGARITA. Es verdad;
perdóname si en tu ausencia
dispuse de él en favor
de la mas triste pobreza
que hoy en forma de un cesante
vino á llamar á tu puerta.

MIGUEL. Y... ¿cuánto le diste?

MARGARITA. Todo:
no tenia otra moneda,
pues cambiarle no quisiste.

MIGUEL. ¡¡Es verdad!! esta es mas negra.

MARGARITA. Si vieras el pobrecillo
con que palabras tan tiernas
me pedia...

MIGUEL. ¡Ya lo creo!

MARGARITA. Pintándome las dolencias
de los hijos de su alma...

MIGUEL. Sí: ya supongo la escena.

MARGARITA. Ponte en su lugar, Miguel,
y, si lo que Dios no quiera,
llega un dia en que los hijos
que el Hacedor nos conceda,
en un caso parecido,
por su desgracia, se encuentran.

MIGUEL. ¡Oh!

MARGARITA. Tambien te gustará
encontrar quien les proteja,
quien les dé dulce consuelo,
quien una mano les tienda.
Jóvenes y con salud
¿qué mayor fortuna que esta?
Verás que pronto lo arreglo:
yo coseré para fuera,
tú, entretanto, por tu lado
trabajas, y de esta hecha
no nos faltará, pues siempre
tuve la firme creencia
que al que es honrado, y trabaja,
Dios socorre con largueza.

MIGUEL. (*Conmovido.*) Margarita de mi vida
vales mas que las pesetas.

MARGARITA. ¿Me perdonas?

MIGUEL. ¿Yo? ¿por qué?
MARGARITA. Porque dí sin tu licencia...
MIGUEL. Tal vez te hayan engañado,
que hay en el mundo quien juega
con tan sagrados objetos:
mas tu accion, accion es buena,
tan grande, que tu marido
te adora de hoy mas por ella.
MARGARITA. ¡Bien Miguel! ¡no me engañé!
sabia cuán bueno eras.
MIGUEL. Ya no tenemos un cuarto
me alegro: ¡viva la Pepa!
No hay que apurarse: entretanto
tu marido te venera
pues mereces...
MARGARITA. Tu amor solo.
MIGUEL. Y el médico te receta
una tacita de tila
para templar la violencia
de esos nervios.
MARGARITA. Ya estoy bien.
MIGUEL. Pero la higiene aconseja
el uso de atemperantes
si hay emociones violentas
(*Con cómica gravedad.*)
y hoy de ellas hemos tenido
una abundante cosecha.
Hazlo por mí, vida mia.
¿Lo harás, sí?
MARGARITA. Como tu quieras.
(*Yendo con él y desapareciendo por la derecha.*

ESCENA VIII.

MIGUEL, *despues* PASCUAL.

Es una alhaja... una alhaja...
esta mujer... ¡me ha partido!
no hay en casa ni un ochavo...
(*Saca el reloj y lo contempla atentamente.*)
pues, señor... ¡baja al abismo!
(*Llamando.*) Pascual, ven aquí Pascual.
PASCUAL. (*Por el fondo.*) ¿Qué manda usted, señorito?
MIGUEL. Honrado y guapo Pascual,
la maravilla, el prodigio
de los criados, modelo
de lealtad y heroismo,
¿sabes lo que es un reloj?

PASCUAL. ¿Qué?
MIGUEL. ¡Un reloj de bolsillo?
PASCUAL. (*Aparte.*) ¿Para qué preguntará?
(*Alto.*) Un reló es un mecanismo
que nos señala las horas...
MIGUEL. Tomándolo en su sentido.
material, tienes razon,
pero ese es el prosaismo
de la palabra reloj.
y ahora yo no me limito
á ver en esto una máquina
que anda segun el capricho
de su dueño: me refiero
á su aspecto subjetivo
filosófico...
PASCUAL. No entiendo
ni una jota (¡Qué embolismo!
¿pero á donde irá á parar?
¿tendrá trastornado el juicio?)
MIGUEL. Pues un reloj, buen Pascual
es nuestro mejor amigo
PASCUAL. ¡¿Pero señor D. Miguel?!
MIGUEL. Y es este lazo mas íntimo
cuantos mas quilates tiene
la alhaja de oro macizo.
¡Oh invento maravilloso!
con tu elocuente mutismo
amparas al que se ahoga...
PASCUAL. ¡Don Miguel! ¡¡Don Miguelito!!
MIGUEL. Y cual tabla salvadora
le ofreces fácil camino
para llegar hasta el puerto
PASCUAL. (Pues señor, tiempo perdido.
Mudemos de asunto á ver
si distraerle consigo.)
¿Y ha salido algun enfermo?
MIGUEL. Adios amigo querido:
tú mi eterno compañero,
tú, que dormiste conmigo
recibe mi último beso
al marcharte al ostracismo.
PASCUAL. (¡Nada! Le ha dado por ahí.)
MIGUEL. (*Entregando á Pascual el reloj.*)
A tus manos lo confio.
PASCUAL. Muchas gracias.
MIGUEL. Sí, no dudo
que con el mayor sigilo
lo empeñarás, de manera

que mi mujer...

PASCUAL. Comprendido...
(No se le olvida.) Lo acepto,
¿pero empeñar? ¡por Dios vivo!
como si fuera oro en paño
lo conservaré mil siglos...
(le seguiré la manía.)

MIGUEL. ¿Qué estás diciendo, cernícalo?

PASCUAL. Señor, que lo guardaré
igual que si fuera mio.

MIGUEL. ¡Já! ¡já! si no es eso, hombre,
ven acá; yo necesito
dinero, no tengo un cuarto
y de ese modo...

PASCUAL. (*Muy alegre.*) ¡Ya atino!
conque empeña por... y para...

MIGUEL. Sí.

PASCUAL. ¡Pues me alegro infinito!

MIGUEL. Gracias.

PASCUAL. Es decir, lo siento,
pero tambien...

MIGUEL. Ahora mismo
ves á casa de un prendero
y lo entierras.

PASCUAL. ¿Cuánto pido?

MIGUEL. Me costó cincuenta duros,
puedes pedir veinticinco.
Mientras vuelves yo redacto
el mas furibundo artículo,
sobre el cólera, la sarna,
los callos y el mal de oidos.
(*Se sienta en la mesa y escribe.*)
A ver si en algun periódico
me lo toman, ¡oh! de fijo
lo insertarán; vengan penas
que de esta ya hemos salido.

ESCENA IX.

Dichos, MARGARITA *por la derecha haciendo señas á Pascual para que no se vaya.*

MIGUEL. (*Escribiendo y hablando.*)
¿Estás ya bien, Margarita?

MARGARITA. Perfectamente me encuentro.

MIGUEL. (*Id.*) ¡Oh! la tila... mas yo opino
que procede del Mar Muerto.

MARGARITA. ¿La tila?
MIGUEL. (*Id.*) Hablo del cólera
de ese profundo misterio,
cuyo orígen... cuya historia
solo en el mundo poseo.
MARGARITA. (*Que ha estado hablando con Pascual en el fondo en voz baja.*)
A ver cómo te compones:
es el único recuerdo
que tenia de la madre
que me adora desde el cielo.
PASCUAL. (*Conmovido.*) ¡Que en este trance se vean
por...! yo no los obedezco,
mis ahorrillos les daré
y vamos ganando tiempo.)
(*Váse por el fondo.*)
MIGUEL. Ya verás, hija, qué artículo;
¡va á producir un efecto!...
(*A Pascual que vuelve á entrar por el fondo.*)
¿Pero no te has ido aun?
PASCUAL. Aquí suben este pliego
para usted (*Dando una carta á Margarita.*)
y han encargado...
MIGUEL. ¿Qué?
PASCUAL. (*Yéndose por el fondo.*) Que lo lea al momento.
MARGARITA. (*Leyendo.*) «A la señora de Urós.»
(*Entregándoselo á su marido,*)
Ábrelo.
MIGUEL. A ver qué es ello.
Alguna amiga.
MARGARITA. De fijo.
MIGUEL. ¿Quién firma aquí? ¡¡Santos cielos!!
¡¡El duque de San Millan!!
MARGARITA. (*Leyendo la firma.*)
¡Mi padre!... ¡nada mas cierto!
¿qué es lo que dirá?
MIGUEL. Veamos.
MARGARITA. Lee pronto, Miguel.
MIGUEL. Silencio.
(*Leyendo.*) «A la señora de Urós.
»Muy señora mia y de toda mi consideracion: Enterada la Sociedad Filantrópica, de que tengo la alta honra de ser indigno Presidente, del rasgo sublime que hoy ha realizado V. salvando de una muerte probable á los hijos de un desgraciado, para lo cual dió V. su reducido capital, esta Sociedad, dedicada á recompensar las obras de la mas

»inequívoca filantropía, le declara á usted
»acreedora al premio de mil duros que tiene
»fijado para un caso análogo, y al que nadie
»mas que V. ha dado tan cumplido fin. Con
»este motivo me declaro su mas rendido ad-
»mirador q: b. s. p.—El duque de San Mi-
»llan.»

MARGARITA. ¡Dios premia las buenas obras!
no ha tardado en darme el premio,
y es este, tanto mas grato
pues mi padre, sin saberlo,
de la voluntad de Dios
se convierte en instrumento.
¿Qué dices Miguel?

MIGUEL. ¿Qué digo?
ni una palabra... ¡ni esto!
¡mil duros!... pero, Señor,
¿si soñaremos despiertos?
si es así, ¡Dios de bondad!
no nos quites este sueño
Pero, ¿cómo se ha sabido?

MARGARITA. Pues yo bien claro lo veo,
¡el cesante!

MIGUEL. ¿Sí?

MARGARITA. El ha sido
quien todo lo ha descubierto.

MIGUEL. ¡Oh cesante bienhadado
digno de habitar un templo!

MARGARITA. ¿Ves como no me engañó?

MIGUEL. Sí hija mia, ahora lo creo,
ese cesante es un hombre
decente, ¡no hay mas que verlo!
Vamos, yo me vuelvo loco;
no viene mal el refuerzo...

MARGARITA. *Haz bien sin mirar á quién*
Miguel mio: gracias demos,
que este es el dedo de Dios.

MIGUEL. Estos son sus cinco dedos,
sus dos manos, su cabeza,
sus piés y todo su cuerpo.

MARGARITA. Si ahora papá se ablandara;
si él supiera, ¡Dios eterno!
que la señora de Urós
era su hija...

MIGUEL Si, pero
como ignora el buen señor
hasta el nombre de su yerno
y prohibe se lo digan

lo que es por ahí nada espero,
ni te hagas mas ilusiones,
que tu padre es como un hierro,
y cuando dice que no
ya lo sabes, es muy terco.

ESCENA X.

Dichos y PASCUAL, *sumamente azorado.*

PASCUAL. Señoritos...
MIGUEL. ¿Qué te pasa?
MARGARITA. ¿Te sigue alguien?
PASCUAL. Yo tiemblo.
MIGUEL. No te apures, calmate,
ya somos ricos...
PASCUAL. No es eso...
es que sube... ¡si lo he visto!
MIGUEL. Pero, ¿quién sube?
PASCUAL. El abuelo.
MIGUEL. ¿Qué abuelo dices?
PASCUAL. El duque.
MARGARITA. ¿¡Mi padre!?
MIGUEL. ¡Rayos y truenos!
¡tú estás loco!
PASCUAL. No señor;
viene dándole el bracero...
MIGUEL. ¿Quién le dá el brazo?
PASCUAL. El cesante.
MIGUEL. ¿El cesante? ¿estarás lelo?
PASCUAL. ¡Si suben ahí!
MARGARITA. ¡Miguel mio!
MIGUEL. Orden, calma, ¡qué sabemos!
puede que venga á otro cuarto.
PASCUAL. Digo que vienen al nuestro.
MARGARITA. ¡Dios le envia!
MIGUEL. ¡Qué ilusiones!
PASCUAL. Voy á ponerme de acecho
para abrir antes que llamen.
MARGARITA. Anda, ves, no pierdas tiempo
oigo su tos, ¡él es! ¡sí!
MIGUEL. ¿Vendrá aquí? ¡mayor aprieto!...
MARGARITA. Yo me escondo.
MIGUEL. ¡Quietecita!
¿esconderte? ¡ni por pienso!
¡que venga! ¡sea en buen hora!
se le recibe y ¡laus Deo!
¿le hemos llamado nosotros?

Ni sabe quién es el dueño
de esta casa; ¿pues entonces...
MARGARITA. ¡Ay Miguel! ¡yo tengo un miedo!...
MIGUEL. ¿Miedo á mi lado?... ya entran...
MARGARITA. ¿Es él?
MIGUEL. ¡Aquí le tenemos!

ESCENA XI.

Dichos, el DUQUE *entra apoyándose en el brazo de* D. RUFO
PASCUAL *en el fondo.*

D. RUFO. (*Al duque.*)
Ahí tiene usted al portento
que me devolvió la vida:
la que escuchó conmovida
la amargura de mi acento.
La que en Dios sus ojos fijos
una mano me tendió
y hasta sin pan se quedó
para dárselo á mis hijos.
DUQUE. Grande accion: sin duda alguna,
digna de eterno renombre;
por ella diera mi nombre
mi ducado y mi fortuna.
Sin que me cause sonrojos
por ella he sabido ufano
que aun guarda mi pecho anciano
lágrimas para mis ojos.
Llena de satisfaccion
la sociedad que presido
el relato fiel ha oido
de tan magnífica accion.
Y con alegría inmensa
y orgullo, yo se lo fio,
le dá por conducto mio
esta pobre recompensa.
(*Alargando un mazo de billetes que nadie toma.*)
Acéptela sin rubor
porque bien ganada está
y con ella arrancará
mas víctimas al dolor.
D. RUFO. Acéptela, señorita,
porque bien se la merece...
DUQUE. Esto la mano le ofrece
de la caridad bendita.
Por lo tanto no se ofenda
que bien lo puede aceptar...

¡ay! me quisiera arrancar
la negra, pesada venda
que no me permite ver,
la cara de usted señora,
que tan grande bienhechora
bella la debe tener.
Su hermosura en dulce calma,
mirando están mis sentidos...
la revela esos gemidos
que oigo brotar de su alma.
Me lo dice la serena
alegría que ahora siento...
esta paz, este contento
dicen que es usted muy buena.
¡Qué bienhechora emocion!
¡por verla el alma daria!....
(*Sin poderse contener dice alargando los brazos.*)
¡A mis brazos hija mia!

MARGARITA. (*Precipitándose en ellos.*)
¡Padre de mi corazon!

DUQUE. (*Rechazándola.*)
¡¿Margarita?!... ¡miserable!
¿es un sueño? ¿en dónde estoy!

MIGUEL. (*Con dignidad.*) En mi casa...

DUQUE. ¡Pues me voy
en seguida! ¡nadie me hable!

PASCUAL. ¡Ah señor!...

DUQUE. ¿Aquí Pascual?
apártate fementido.

MARGARITA. (*Con esploxion.*) A hacer un bien ha venido,
no se vaya haciendo un mal.

DUQUE. ¡Ah!

MARGARITA. Su casa esta casa es:
y sin que sientan rencillas,
hoy sus hijos de rodillas
caen llorando ante sus piés.

MIGUEL. Que la hermosa caridad
su perdon nos traiga en pos...

DUQUE. (*Breve pausa.*)
Esta es la mano de Dios...
¡cúmplase su voluntad!
Hijos mios, vuestro acento
¿quién no escucharia, quién?
que hermoso es hacer el bien,
porque un bien engendra ciento.

MARGARITA. ¡Padre mio!

MIGUEL. No podremos
olvidar...

PASCUAL. ¡Amo querido!
DUQUE. La caridad me ha traido,
¡todo á ella se lo debemos!
D. RUFO. ¿Conque usted? ¡quien lo diria!
es la hija...
MARGARITA. Justamente.
DUQUE. De tal rasgo, solamente
es capaz una hija mia.
MARGARITA. (*A D. Rufo.*) ¡Cuánto le debo!
D. RUFO. ¿Qué dice?
MARGARITA. Si no lo hubiera contado,
mi padre hubiera ignorado
lo poco que en su bien hice.
D. RUFO. ¿Poco? ¡la pondré en un brete!...
(*Saca el billete de mil reales y se lo enseña.*)
MARGARITA. Usted nos sacó de apuros...
pues guárdese esos mil duros
en cambio de este billete. (*Dándole el mazo que aun tiene su padre entre las manos, y cogiendo el billete de las de D. Rufo.*)
PASCUAL. ¡Viva!
DUQUE. ¡Bien!
D. RUFO. (*Asombrado.*) ¡¡Qué fortunon!!
MARGARITA. (*Agitando el billete.*)
Aquí preso le tenemos.
MIGUEL. A él todo se lo debemos.
DUQUE. A vuestro buen corazon.
Mas no llegueis á olvidar
aunque vivais años cien,
que si es bueno hacer el bien...
aun es mejor perdonar.
(*A D. Rufo.*) Gócelo en paz, buen amigo.
D. RUFO. (*Muy conmovido.*)
Pues la dicha les devora...
¡Adios!... su imágen, señora,
llevaré siempre conmigo. (*Váse.*)
PASCUAL. Pues señor, ahora entro yo.
DUQUE. ¡Nuestro buen Pascual! oigamos.
PASCUAL. Guárdense otra vez mis amos
el anillo y el relój. (*Entregando el uno á Margarita y el otro á D. Miguel que le hacen seña de que se calle.*)
He corrido como un loco...
mas los prenderos...
DUQUE. ¿Qué es eso?
PASCUAL. Todo lo quieren al peso
y ambos pesaban muy poco.
DUQUE. Margarita, buen Miguel,

ahora todo lo comprendo,
he sido, sí, lo estoy viendo,
con vosotros muy cruel.
De la dicha ante el reflejo
vereis horas mas serenas:
ya se acabaron las penas...
¡á casita con el viejo!
¡Ay! ¡pícara vanidad...!
Hijos, Pascual... ¡un abrazo!
¡á todos nos une el lazo
de la hermosa caridad!
(*Abrazando á todos permanecen formando un grupo hasta la conclusion.*)

MARGARITA. } ¡Padre!
MIGUEL. }
PASCUAL. ¡Señor!
DUQUE. ¡Cuánto bien!
¡hoy moriria contento!
(*Inclinándose hácia Margarita.*)
hasta tu postrer momento
¡HAZ BIEN SIN MIRAR Á QUIEN!

A LOS ACTORES.

No encuentro palabras para espresar á todos Vds., como quisiera, el agradecimiento que siento por el cariño con que acogieron esta mi primera y modesta produccion; así como tampoco las hallo para prodigarles las alabanzas que se merecen, por la inteligencia y maestría con que han desempeñado sus respectivos papeles. Sirva esta declaracion, que aquí estampo gustosísimo, de complemento á las lágrimas y aplausos que arrancan Vds. del público que acude todas las noches á premiar de este modo el buen talento que les distingue.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE

EL PROSCENIO.

La institucion del Rosario, loa en 1 acto.
El amor y la lotería, juguete cómico en 1 acto.
La muela del juicio, comedia en 1 acto.
La firma del rey, zarzuela, música y letra, 2 actos.
Haz bien sin mirar á quién, comedia en 1 acto.
La paja en el ojo ajeno, comedia en 1 acto.
Las censecuencias del juego, 3 actos.
La huérfana de Ginebra, 3 actos.
La urraca ladrona, 4 actos.
La verdad y la mentira, mágia, en 3 actos.
Cuestion de temperamento, 1 acto.
El loro de mi mujer, 1 acto.
El sastre del Campillo, 1 acto.
Lazos de amor y amistad, 1 acto.
La caza del pollo, 1 acto.
La tapada, 1 acto.
Una ganga, 1 acto.
Un dia de azares, 1 acto.
Un sordao cumplio, 1 acto.
Un secreto de Estado, 1 acto.